



Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinar, Ciudad de México, México.
ISSN 2707-2207 / ISSN 2707-2215 (en línea), septiembre-octubre 2025,
Volumen 9, Número 5.

https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v9i5

**LA ESCENA COTIDIANA ESCOLAR:
EXPERIENCIA VIVIDA EN PERSPECTIVA
FENOMENOLÓGICA**

**THE EVERYDAY SCHOOL SCENE: LIVED EXPERIENCE
FROM A PHENOMENOLOGICAL PERSPECTIVE**

Ana María Burgos Maya

Universidad Católica de Manizales

María Cristina Sánchez León

Pontificia Universidad Javeriana de Cali

La Escena Cotidiana Escolar: Experiencia Viva En Perspectiva Fenomenológica

Ana María Burgos Maya¹

burgos.ana@correounivalle.edu.co

<https://orcid.org/0009-0009-9224-3598>

Universidad del Valle

Cali-Colombia

Universidad Católica de Manizales

Manizales-Colombia

María Cristina Sánchez León

mariac.sanchez@javeriancali.edu.co

<https://orcid.org/0000-0002-9735-5670>

Pontificia Universidad Javeriana de Cali

Cali-Colombia

RESUMEN

La escuela, como experiencia vivida, se convierte en un terreno propicio para la comprensión y el pensamiento pedagógico al adentrarse en la cotidianidad de quienes la viven. Este artículo, derivado de una investigación doctoral, propone un enfoque que trasciende las perspectivas convencionales de asumir la experiencia escolar, centrándose en la vivencia misma de los sujetos en la escuela. Desde la dirección fenomenológica de Alfred Schütz, se adentra en la interioridad de la escuela, considerándola como una escena cotidiana perteneciente al mundo de la vida cotidiana que revela constantemente nuevos sentidos y adquiere forma a partir de las interacciones de los sujetos en ella. Destaca cómo las personas construyen y transforman significados en su vida cotidiana, convirtiendo la escena escolar cotidiana en un territorio vital de la experiencia. Organizado en dos apartados principales, el artículo explora la escuela como escena cotidiana escolar y presenta la experiencia vivida en este contexto desde una perspectiva fenomenológica.

Palabras clave: experiencia vivida, escena cotidiana, escuela, fenomenología, alfred schütz, mundo de la vida cotidiana.

¹ Autor principal

Correspondencia: burgos.ana@correounivalle.edu.co

The Everyday School Scene: Lived Experience from a Phenomenological Perspective

ABSTRACT

The school, as a lived experience, becomes a propitious ground for understanding and pedagogical thinking by delving into the everyday life of those who live it. This paper, derived from doctoral research, proposes an approach that transcends conventional perspectives on assuming the school experience, focusing on the subjects' lived experiences within school. From Alfred Schütz phenomenological direction, it delves into the interiority of the school, considering it as an everyday scene belonging to the everyday life-world that constantly reveals new senses and acquires takes shape through the subjects interactions in it. It highlights how people build and transform meaning in their everyday lives, turning the everyday school scene into a vital territory of experience. Organized into two main sections, the paper explores the school as an everyday school scene and presents the lived experience within this context from a phenomenological perspective.

Key words: Lived experience, everyday school scene, school, phenomenology, Alfred Schütz, everyday life-world.

Artículo recibido 11 agosto 2025

Aceptado para publicación: 13 setiembre 2025



INTRODUCCIÓN

La escuela se encuentra en un momento crucial. Estamos ante configuraciones de mundo distintas a las acostumbradas, asistimos a otro tipo de manifestaciones que afectan la vida cotidiana, dados los escenarios sociales contemporáneos que resultan de las complejas necesidades surgidas de las nuevas formas existenciales, comunitarias y culturales propias de la globalización, que demandan no solo repensar el propósito de la educación, sino también reconsiderar la experiencia que se vive dentro y fuera de las aulas. Ante este complejo panorama, la escuela debe someterse a la revisión de sus prácticas, a una reconversión de sus estructuras y hacerlos para vislumbrar caminos de transformación de su forma actual. En ese sentido, se insiste en la reinención de la escuela en pro de buscar su humanización de cara a las nuevas funciones que la sociedad le demanda a la institución escolar, las cuales se vuelven cada vez más urgentes. Con el objetivo de ampliar la comprensión sobre la escuela, alejada de la mirada dominante y hegemónica de tratarla, el presente artículo propone abrir un diálogo para pensarla como experiencia vivida que permita movilizar y dinamizar lo que ella significa para quienes la vivencian y así iniciar a reestablecer el vínculo de lo humano con lo humano, en consonancia con el sentido existencial de ésta para las generaciones actuales.

Este artículo proviene de una investigación doctoral que busca acceder a la experiencia vivida escolar, adentrarse en su interioridad y así, situar la vivencia subjetiva de quienes habitan la escuela. La finalidad es que, a partir de las emergencias derivadas de lo nuevo, lo diferente, lo imprevisto, se pueda contribuir a que los sujetos puedan encontrar el sentido de sus vidas y enfrentarse a las complejidades del mundo contemporáneo. Para esta comprensión, se ubicó la dirección fenomenológica de Alfred Schütz para entrar en contacto con distintas dimensiones de la realidad escolar, sus relaciones, compartir intimidad con ella, ampliar la perspectiva frente a lo que ahí ocurre y conectar con las vivencias que le dan sentido. Para el fenomenólogo vienés, la experiencia vivida es un proceso donde los seres humanos interactúan con el mundo y construyen significado a partir de esa interacción:

Yo, ser humano, nacido en el mundo social y que vivo mi existencia cotidiana en él, lo experimento como construido alrededor del lugar que ocupo en él, como abierto a mi interpretación y acción, pero siempre con referencia a mi situación real biográficamente determinada. (Schütz, 2015, p. 50)



Esta perspectiva fenomenológica toma como punto de partida el concepto de Husserl de “Mundo de la vida” y lo vincula con el mundo social abordando como temas centrales la intersubjetividad y las diversas relaciones que los seres humanos establecen en él. Schütz y Luckmann, (2009) mencionan que “El mundo de la vida cotidiana es, por tanto, fundamentalmente intersubjetivo: es un mundo social” (p. 36). Intersubjetividad que refiere a la interacción y vinculación entre los seres humanos que comparten el presente vivido.

Desde este estudio se pretende adoptar la escuela como experiencia vivida, en la búsqueda de comprender cómo los sujetos significan la vivencia escolar dentro del horizonte temporal de lo cotidiano. Lo cual, implica no solo explorar sus dinámicas y prácticas, sino comprender y rodear rigurosamente la experiencia vivida en ella desde múltiples dimensiones, convirtiéndose en un aporte a la investigación educativa actual al proveer saber pedagógico en relación con la experiencia vivida cotidiana que contribuya a redirigir la acción de la escuela desde la alteridad.

En efecto, los análisis fenomenológicos de Schütz de las estructuras del mundo de la vida y su comprensión de cómo los seres humanos construyen significados en la vida cotidiana, brindan una fundamentación filosófica sólida para ubicar la escuela como una escena dentro éste. Un escenario común compartido donde las personas socializan y operan de diversas formas dándole sentido a sus vivencias, a sus experiencias individuales y compartidas en una temporalidad expandida en constante flujo de sentido. Como lo expresa Schütz (1993), “Tenemos en común el mismo mundo de realidad social directamente vivenciada: el mundo que me rodea en mi Aquí y Ahora corresponde al que te rodea a ti en tu Aquí y Ahora” (p.172).

Para abordar este diálogo que permite pensar la escuela como experiencia vivida en la escena cotidiana escolar en perspectiva fenomenológica, este artículo está dividido en dos apartados: el primero, la escuela como escena cotidiana escolar y el segundo, la experiencia vivida en la escena cotidiana escolar. Estos apartados se desarrollan principalmente desde el pensamiento de Schütz, que permite comprender y asumir esas cosas que pasan en el mundo de la vida, que son experimentadas en una temporalidad en tránsito, que se nutren de la experiencia misma y surgen de una relación pensante con lo vivido en la escena cotidiana escolar.



I. La escuela como escena cotidiana escolar

Para iniciar este diálogo es importante señalar que el término “escena” utilizado con relación a la escuela no debe entenderse de manera instrumental, ni como una denominación inintencional para su consideración. Esta elección deviene de pensar la escuela, en términos dramáticos, como una obra en la que se pone en escena todo un entramado y una construcción de elementos interdependientes de aquello que se cuenta, recrea, escenifica y representa. Proceso que implica reflexionar sobre qué es lo que se desea contar, cómo hacerlo, a quién va dirigido, quiénes son los personajes, en qué tiempo y contexto, considerándose así, como un periodo de análisis y reflexión profundo, puesto que tiene como objetivo pensar en cómo se va a caminar a la representación de la realidad.

A esto se le suma que, etimológicamente, la palabra “escena” proveniente del griego "skēnē", que hacía referencia a un cobertizo o lugar, equiparable a la construcción de un escenario que se caracterizaba por su movimiento, fue evolucionando para designar la unidad definida de tiempo y espacio en la que ocurre la acción dramática, y que en la actualidad se emplea para referirse a la ocurrencia de algo significativo que pasa en el teatro o en la vida cotidiana.

Por consiguiente, esta analogía de la escuela como escena, cobra mayor relevancia al relacionar que ésta va más allá de un lugar físico, si se considera como un escenario donde se entrelazan el tiempo, el movimiento y los diferentes ritmos de la vida cotidiana. En este escenario, los sujetos construyen realidades a partir de su propia condición humana y del relacionamiento e implicación con la escena educativa. De aquí se desprende la primera consideración, que está estrechamente vinculada a la perspectiva teatral, la cual permite entender la escuela como una “escena”, como un escenario en movimiento donde sujetos encarnados, realizan unas acciones proyectadas.

La segunda consideración, parte de la Fenomenología basada en el estudio de la conciencia y la experiencia humana aportando un marco referencial que permite pensar la escuela como experiencia vivida. Para ello, la perspectiva fenomenológica de Schütz permite hacer esa introspección desde el estudio del mundo de la vida cotidiana, compartido y caracterizado por la coexistencia en el cual se opera en actitud natural. Schütz y Luckmann, (2009) señalan que “el mundo de la vida cotidiana es, por consiguiente, la realidad fundamental y eminente del hombre” (p. 25). Consideración que pone de



manifiesto que los seres humanos comparten la misma realidad vivencial, se interrelacionan en la temporalidad dinámica del mundo de la vida cotidiana.

Con esto en evidencia, pensar la escuela como experiencia vivida en perspectiva fenomenológica parte de entender la educación como un acto generoso que abre la posibilidad al sujeto de encontrar un lugar en un mundo que es compartido con otros. Acto que permite encontrarse con el saber y comprenderse a sí mismo en medio de la diversidad de formas de existir, y que al mismo tiempo permite establecer un sinnúmero de conexiones con el mundo exterior.

Históricamente, la escuela ha sido por excelencia uno de los lugares separados para llevar a cabo estos actos educativos. Es interesante notar que para los griegos el término “escuela” (scholê) aludía al “ocio” entendido como espacio y tiempo separado para la búsqueda de la sabiduría, la contemplación y el bienestar de la propia vida. Esta consideración fundante lleva a evocar el papel de la escuela como lugar donde puede acontecer la educación, si se asume como esa escena de interrelaciones entre sujetos que hacen parte de la realidad social, que comparten unas prácticas específicas en un tiempo separado y no como un espacio demarcado con un sinnúmero de propósitos externos que condicionan su acción.

De ahí que el mundo de la vida cotidiana se ofrece para comprender cómo la escuela va configurándose como una escena cotidiana en tanto es un entramado vivo y en movimiento. Para Schütz y Luckmann, (2009) las personas se ordenan en éste de manera espacial y temporal, “El lugar en que me encuentro, mi “aquí” concreto, es el punto de partida de mi orientación en el espacio” (p. 54), es decir, que la escuela es una escena cotidiana en sí misma al considerarse como ese lugar separado y delimitado para la interacción e incidencia de quienes hacen su tránsito por ella.

Desde esta perspectiva, la escuela puede asumirse como esa escena escolar cotidiana, considerándose como ese espacio y tiempo exclusivo para ser y estar con otros, reconocer otras existencias diferentes a la propia que también experimentan ese mundo común. Cabe aquí detenerse sobre el término “experimentar”, que refiere a hacer propia la vivencia o encarnarla en la conciencia. Fenomenológicamente hace referencia a la experiencia vivida, a esa implicación directa de los sujetos con los fenómenos en la conciencia en su horizonte de duración.

Tomado esto en consideración, asumir la escuela como una escena cotidiana escolar implica el retorno a la idea clásica de la palabra “escuela” que, como se señalaba, se concebía como ese “escenario”



específico para ser, para ir en búsqueda del bienestar y la sabiduría para la vida. Ese lugar para el tiempo “separado” para compartir con otros, para relacionarse con ellos, para ocuparse de las cuestiones propias de la existencia y discutir sobre ellas; de esta manera, permitirse reconocer las diferentes dimensiones del vivir, cuestionar y cuestionarse, comprender el mundo común y prepararse para incidir en él. Como Schütz y Luckmann (2009) señalan, “las cosas del mundo externo incluidas en mi ambiente y en los de mis semejantes son las mismas para nosotros y tienen fundamentalmente el mismo sentido” (pp. 26-27). Así, abordar la escena cotidiana escolar es asumirla como escenario de humanización donde los sujetos se reconocen y reconocen a otros en su día a día.

En ese sentido, ubicar la escena cotidiana escolar como un escenario en flujo continuo, permite verla más allá del lugar de las actividades y acciones preconcebidas en tiempos concretos y con objetivos previstos que se realizan en los centros escolares colonizando su actuar en función de un proyecto prefabricado, condicionando lo que el otro es o deberá ser. Asumir la escuela como parte de mundo de la vida cotidiana permite situarse en un contexto amplio donde hay diversos significados y marcos de interpretación, y concebir la escena cotidiana escolar en la que “puedo actuar sobre mis semejantes y que también ellos pueden actuar en mí” (Schütz y Luckmann, 2009, p. 26), esto es, como una escena dinámica que se configura a partir de la red de interacciones que los sujetos establecen en ella y entre ellos.

De esto deviene que la escena cotidiana escolar es una dimensión temporal y espacial específica que pone acento en la vinculación, acción e incidencia de las personas, que al mismo tiempo le dan forma a la escena. Como Schütz y Luckmann (2009) señalan “no solo actuamos y operamos dentro del mundo de la vida sino también sobre él. Nuestros movimientos corporales se insertan en el mundo de la vida y transforman sus objetos y sus relaciones recíprocas” (pp. 27-28). Por lo tanto, es necesario acceder a la experiencia vivida en ella y centrar la atención en el reconocimiento de las vivencias que tienen lugar en las relaciones educativas en su cotidianidad, lo que implica entrar en contacto con las cosas que están pasando en esta escena, con quienes la vivencian, con esas temporalidades expandidas para que puedan narrar la experiencia vivida en ella.

Al adoptar esta perspectiva, la escena cotidiana escolar se configura como ese sistema interrelacional diverso en el que ocurren las prácticas escolares de todos los días. Schütz (2015) señala que “el mundo



de la vida es el escenario y también el objeto de nuestras acciones e interacciones” (p. 216). En ese sentido, emprender un viaje por la interioridad de la escena cotidiana escolar es asumir intimidad y proximidad con esos sujetos que, en actitud natural, actúan e inciden en ella, ya que no es posible pensarla desde la ausencia del sujeto.

Es crucial, entonces, detenerse en la necesidad del sujeto para considerar la escuela como una escena cotidiana escolar puesto que, sin él, ésta quedaría reducida a la delimitación perimetral donde ocurren eventos. Es a partir de los sujetos, de sus vivencias, del relacionamiento con el otro que irrumpe, que la escuela empieza a existir como lugar; por tanto, la necesidad del ser es condición de la escena cotidiana escolar, su esencia misma.

De esta consideración, se deduce que no es posible pensar la escuela sin el sujeto, puesto que las acciones intrínsecamente tienen nombre propio y rostro, comportan una existencia encarnada, unas condiciones de existencia que recogen su historicidad y una singularidad que se presenta, se hace manifiesta, se expone, se da lugar a sí misma a través de sus formas, su voluntad, sus pensamientos, su lenguaje, en fin, de su presencia sensible. Cada sujeto, desde lo que es inherente a sí mismo, desde sus propios trayectos y de su propia implicación en el mundo, elabora maneras particulares de hacer frente e incidir en las situaciones y contextos en los que se encuentra inmerso.

Es así como la escena cotidiana escolar cobra sentido, a través del nexo simbólico y material en el que el sujeto en su actitud natural interactúa con el mundo exterior, con las cosas que pasan y con la forma como son vividas en esta realidad. Es en esa interacción con otros que los sujetos realizan y participan de acciones que dan lugar a la experiencia vivida, a partir de las irrupciones que emergen en el día a día y que sorprenden en esta dimensión espacial y temporal. Como señalan Schütz y Luckmann (2009) “el mundo de la vida es, ante todo, el ámbito de la práctica, de la acción” (p. 38). La acción no solo se limita a su ocurrencia, sino que también se relaciona con la manera en que los sujetos la viven, se apropian de ésta, se relacionan, generan vínculos, enfrentan tensiones, negociaciones y le dan curso a su vidas, configurando así, su experiencia vivida.

Conviene señalar que la acción refiere a un ejercicio consciente, no casual y planeado. Schütz (2015) menciona que “Con el término “acción” designaremos la conducta humana como proceso en curso que es ideado por el actor de antemano, es decir, que se basa en un proyecto preconcebido” (p. 94). A lo que



el autor le llama «efectuación» (performance). La acción comporta siempre un propósito “sólo el actor sabe «cuándo comienza y dónde termina su acción» (Schütz, 2015, p. 58).

De esto se desprende que asumir la escuela como escena cotidiana escolar es poder acercarse a ella en el fluir de las acciones y centrar la atención en las interpretaciones y sentidos que comparten unos con otros, en su coexistencia, en aquello que les pasa, les toca, les mueve en su propia condición humana y repercute directamente en ellos, en lo que los moviliza y activa su conciencia a medida que transitan y se apropian de la escena. Schütz y Luckmann, (2009) mencionan que:

Comparto esta realidad con otros hombres, con quienes tengo en común, no solo objetivos, sino también medios para la concreción de estos subjetivos. Influyo en otros hombres, y estos en mí. Podemos actuar juntos. El mundo de la vida cotidiana es aquella realidad en la cual es posible la comprensión recíproca. (p. 53)

Bajo esta óptica, la escena cotidiana escolar se presenta como un territorio vital de la experiencia que existe y tiene lugar en las múltiples interacciones que ocurren en las prácticas cotidianas escolares. Estas interacciones, que son constantes y se transforman a través de los modos de relacionamiento que se van tejiendo, se manifiestan en un conjunto de expresiones dinámicas y vitales, que van desde pensamientos, visiones, problemáticas, actitudes, saberes y conocimientos hasta retos y objetivos comunes, que hacen de la escena cotidiana escolar un escenario cargado de afectividad, donde las cosas propias de la existencia tienen una manifestación, incidencia y consecuencia. Todo esto configura la escena cotidiana como un territorio vital de la experiencia, donde los sujetos desarrollan una comprensión más amplia tanto de los otros como de sí mismos.

El conjunto de relaciones que se presentan en la escena cotidiana escolar y que la configuran como un territorio vital de la experiencia puede entenderse respecto a las estructuras de ordenamiento que permiten situar las diversas relaciones espaciales, temporales y sociales que se dan en el mundo de la vida, según la distinción propuesta por Schütz. En primer lugar, está el mundo de los predecesores que representa la historia y la tradición, un mundo ya concluido. Luego, aparece el mundo de los contemporáneos que abarca el periodo actual de tiempo en el que se encuentra el hombre y que es compartido con otros. Por último, se encuentra el mundo de los sucesores, que refiere a la posteridad y



que no será físicamente accesible para él. De esto deviene que, el segmento en que se centra la atención es el de los contemporáneos, Schütz (1993) señala que:

El mundo social de los contemporáneos coexiste conmigo y es simultáneo con mi duración. No obstante, aun viviendo con él, no vivo a través de él como cuestión de experiencia directa. Llamemos "congéneres" (Mitmenschen) a los otros yoes del mundo de la realidad social directamente vivenciada, y "contemporáneos" (Nebenmenschen) a los otros yoes del mundo de los contemporáneos. Puedo decir entonces que, al vivir con mis congéneres, los vivencio directamente a ellos y a sus vivencias. Pero de mis contemporáneos diremos que, aunque viva entre ellos, no capto en forma directa e inmediata sus vivencias, sino que, en cambio, infiero sobre la base de evidencia directa las vivencias típicas que deben tener. (p. 172)

A partir de este ordenamiento, la escena cotidiana escolar se ubica en el mundo de los contemporáneos, específicamente en la comprensión entre los congéneres y semejantes. Como menciona el autor “En la actitud natural del pensamiento de sentido común de la vida cotidiana, presupongo la existencia de semejantes inteligentes” (Schütz, 2015, p. 46). Afirmación que destaca que en el mundo de la vida cotidiana las experiencias son compartidas con otros seres humanos que están en este mismo presente vivido. En este contexto, al considerar la escena cotidiana escolar como parte de este mundo, es posible comprender el abanico de interacciones que en ella tienen lugar, donde la presencia de los sujetos y su interacción con otros y con la escena misma, la convierte en ese espacio dinámico humanizado donde se vinculan, se expanden y multiplican sus vivencias en un espacio y tiempo.

Es decir, que en la escena cotidiana escolar los sujetos tienen un lugar central. Sus acciones y vivencias ocurren de maneras singulares, están en constante flujo de sentido, estas a su vez, entran en diálogo constantemente, expresándose a través de las diferentes asunciones que parten de los sujetos, como sus expectativas, intereses, razones, explicaciones, sentires, saberes, todos estos acontecimientos que ellos interpretan y a los que otorgan sentido, son considerados como la experiencia vivida en ella. Para Schütz (2003):

En este dominio, los seres humanos son mis semejantes; comparten conmigo un sector del espacio y el tiempo; el mundo que nos rodea es el mismo y mis procesos conscientes son un elemento de este mundo para ellos, así como sus procesos conscientes son un elemento de este mundo para mí. (pp. 33-34)



La escena cotidiana escolar, por tanto, es esa comunidad espacio-temporal donde se tiene en común esa realidad directamente vivenciada, donde los niños, niñas, jóvenes y adultos se encuentran en su Aquí y Ahora en ese territorio específico, en la inmediatez de su presente vivido. Así, la espacialidad y la temporalidad en la vida cotidiana comporta un carácter existencial que está anclado al tiempo y el espacio de la experiencia en el curso de la vida.

En este sentido, se parte de que en esta corriente espaciotemporal los seres humanos proyectan sus acciones, las cuales están provistas de sentido y se encuentran motivadas e intencionadas de acuerdo con su acervo de conocimiento del mundo y su situación biográfica. El acervo de conocimiento pertenece a la relación con el mundo en el cual los seres humanos se desenvuelven y pueden actuar. Schütz (2015) precisa que: “Toda interpretación de este mundo se basa en un acervo de experiencias previas sobre él, ... esas experiencias funcionan como un esquema de referencia en forma de «conocimiento a mano»” (p. 43). Este conocimiento se amplía a medida que los sujetos son conscientes de sus vivencias, de las cosas que aprehenden y de las cosas que les son heredadas y pueden ser recuperadas para resolver las cuestiones propias de su existir.

Estas interpretaciones, a su vez, se ubican dentro de diferentes tipos de horizontes como los motivacionales, que hacen referencia a los motivos de la acción. Schütz (2015) señala que:

Se refiere a la experiencia del actor que vive en el proceso en curso de su actividad. Para él, el motivo significa lo que tiene realmente en vista y que da sentido a la acción que cumple, y este es siempre el motivo «para», la intención de crear un estado de cosas, de alcanzar un fin preconcebido. (p. 97)

De igual manera, Schütz alude a los ordenamientos espaciales, niveles de intimidad, familiaridad, proximidad y distancia social en la que los sujetos se encuentran en ese presente compartido, a su situación biográfica. Esta situación es aquella en la que el sujeto se encuentra inmerso y que se convierte en un sistema de significatividades en ese momento particular de la vida. Al respecto Schütz (2015) plantea que:

La situación está biográficamente determinada equivale a decir que tiene su historia; es la sedimentación de todas las experiencias previas del hombre, organizada en el patrimonio corriente de su acervo de conocimiento a mano, y, como tal, es su posesión exclusiva, dada a él y sólo a él. Esta situación biográficamente determinada incluye ciertas posibilidades de actividades prácticas o teóricas futuras a



las que, para resumir, denominaremos «propósito a mano» (purpose at hand). Este propósito es el que define aquellos elementos, entre todos los demás contenidos en tal situación, que son significativos con respecto a él. (p. 45)

El acervo de conocimiento a mano y la situación biográfica presentes en la escena cotidiana escolar son elementos fundamentales, ya que cada sujeto en esta tiene una historia de vida, unos saberes, aprendizajes y una lectura particular del mundo que es producto de su tránsito por éste y por lo que le ha sido transmitido generacionalmente. Por eso, en estas consideraciones emergen los marcos de referencia para entender la escena como esa comunidad espaciotemporal en la que los sujetos se experimentan a sí mismos, a otros, a la escena misma y, bajo sus construcciones, inciden y reciben otras influencias que los movilizan y producen afectaciones a la dinámica cotidiana. Precisamente, aquí se encuentra la vitalidad de la escena. Schütz (2015) enfatiza que:

Compartir una comunidad de espacio implica que cierto sector del mundo externo está por igual al alcance de cada copartícipe, y contiene objetos de interés y significatividad que les son comunes. Para cada copartícipe, el cuerpo del otro, sus gestos, su porte y sus expresiones faciales son inmediatamente observables, no sólo como cosas o sucesos del mundo externo, sino en su significación fisonómica, vale decir, como síntomas de los pensamientos del otro. Compartir una comunidad de tiempo —y esto se refiere no sólo al tiempo exterior (cronológico) sino también al tiempo interior— implica que cada copartícipe interviene en la vida en curso del otro, puede captar en un presente vívido los pensamientos del otro tal como este los construye, paso a paso. Así, cada uno de ellos comparte las anticipaciones del futuro del otro —planes, esperanzas o ansiedades—. En resumen, cada uno de los asociados se halla implicado en la biografía del otro. (p. 51)

Considerado así el asunto, la escena cotidiana escolar es la comunidad de sujetos que intervienen y comparten su existencia en la temporalidad de lo cotidiano. Así, pensar la escuela como escena cotidiana escolar brinda una amplia oportunidad de comprender y orientar la acción social, al ser un campo de prácticas, de acciones en constante movimiento. Comprensión que surge, a partir de la interpretación de lo que en esta ocurre, de esas personas que la construyen con sus haceres diarios, por medio de las situaciones que viven y sus maneras de enfrentarlas, en sus afectaciones y las múltiples maneras como



se relacionan con esos otros que tienen la misma condición existencial que ellos. Al respecto Schütz (2003) releva que:

La comprensión tiene lugar, desde el comienzo, en cooperación con otros seres humanos: este mundo tiene sentido no solo para mí, sino también para usted y para todos. Mi experiencia del mundo se justifica y corrige mediante la experiencia de los otros, esos otros con quienes me interrelacionan conocimientos comunes, tareas comunes y sufrimientos comunes. El mundo es interpretado como el posible campo de acción de todos nosotros: este es el primero y más primitivo principio de organización del conocimiento del mundo exterior en general. (p. 22)

De esta manera, la escena cotidiana escolar surge de la construcción de significados, que inicia desde la interpretación que cada sujeto les otorga a sus vivencias y se extiende hasta la colectividad. Esto da paso así, a nuevas construcciones a partir de las emergencias derivadas de la experiencia vivida en la escena cotidiana escolar. En consecuencia, se configura como ese escenario en movimiento común donde se encuentra lo humano con lo humano, generando una red compleja de temporalidades discordantes con múltiples implicaciones.

En este territorio vital, en esta comunidad espacio-temporal cada vivencia tiene una serie de afectaciones, que dejan marcas en sus propias vidas, en la de los otros y huellas en la escena que dan testimonio de que la acción tuvo lugar. Estas marcas se convierten en esa evidencia, en el relato en movimiento de la escena cotidiana escolar como experiencia vivida. Schütz (2003) menciona que “Experimento a un semejante de modo directo cuando comparto conmigo un sector común del tiempo y el espacio. Compartir un sector del tiempo implica una genuina simultaneidad de nuestras dos corrientes de conciencia: mi semejante y yo envejecemos juntos” (p. 35).

Pensar la escuela como una escena cotidiana escolar implica establecer un modo de relacionamiento distinto con su situación vital, requiere proximidad, intimidad y afectividad para abrirse a comprender lo que está pasando en ese Aquí y Ahora de la escuela. Por esta razón, esta mirada constituye un modo particular de acercamiento a la experiencia vivida, desde la oportunidad de sumergirse en esos procesos de construcción de sentido y en esas posibilidades presentes en las generaciones actuales. Además, permite comprender esos vínculos, conocer esos procesos profundos y continuos que se desarrollan dentro de las relaciones educativas, desde sus realidades, desde la propia capacidad de los sujetos de



reconocerse y ser reconocidos. A su vez, abre la puerta a iniciar un proceso de generación de saber pedagógico desde y a través de la experiencia vivida con el propósito de aprender de ella, a partir de lo que ella misma manifieste al leerla desde la novedad.

En ese sentido, la escena cotidiana escolar permite que la experiencia vivida resuene de otra manera, partiendo de una reconexión con el ser humano en su totalidad, en su actitud natural, reestableciendo el vínculo de la experiencia del sujeto con el conocimiento, con los saberes, con su propia biografía y con esas preguntas que lo acerquen a la posibilidad de su propia transformación desde sus propias construcciones.

Para Schütz (2003) “es preciso dirigir la atención a aquellas experiencias en las que se hace accesible la conciencia de otro hombre, ya que en ellas se basan las construcciones mediante las cuales son interpretados sus motivos y acciones” (p. 33). Esta afirmación da apertura a nuevas aproximaciones y lecturas de la escena cotidiana escolar, trascendiendo esos imaginarios establecidos y catalogados como experiencia, lo que implica un reconocimiento de una realidad que irrumpe, se manifiesta y convoca a pensar otros trayectos a partir de la experiencia vivida.

Pensar la escuela como una escena cotidiana permite una apertura a considerar esos aspectos que han permanecidos invisibilizados, no documentados o desaparecidos del discurso educativo. Comprender la escena cotidiana escolar invita a estudiar las diferentes dimensiones de la realidad escolar desde las implicaciones de quienes intervienen en ella, poniendo atención en esos haceres cotidianos, en sus trayectorias y las tensiones que se presentan, en las negociaciones y alteraciones, en todo ese conjunto de temporalidades que en ella resuenan mientras los sujetos hacen su tránsito por ella.

2. La experiencia vivida en la escena cotidiana escolar

Hablar de experiencia vivida en perspectiva fenomenológica es acercarse a la escena cotidiana escolar en un tiempo distinto y generalmente discordante, en el tiempo que los sujetos viven provisionalmente unos con otros, en la forma en que es experienciada por ellos, en sus momentos y lugares, en los conocimientos y saberes que circulan, en sus relacionamientos, en las múltiples maneras de sentirla y de apropiarse de ella. Es decir, en el horizonte de duración de la experiencia misma, en tanto que es pensada, vivida y sentida por las personas, en su dimensión más humana, en la cotidianidad. Después de todo, como señala Schütz (2015) “el mundo está dado a mi experiencia e interpretación” (p. 299).



Así pues, adentrarse en la escena cotidiana escolar implica ponerse del lado de la comprensión desde la perspectiva de la experiencia misma, sostener un encuentro abierto y pensante con las diversas irrupciones, alteraciones, variaciones que los sujetos realizan en la misma. En este sentido, al hablar de experiencia no se pretende describir o caracterizar una realidad que se da en la escuela, sino, captar los modos de fluir de la experiencia, ver los relacionamientos que se dan y a partir de ahí, compartir los contenidos de sentido que tiene la escena para quienes la experimentan, pues “el hombre es capaz de comprender a su semejante y sus acciones, y puede comunicarse con otros porque presume que ellos comprenden las acciones de él” (Schütz, 2015, p. 51).

Este abordaje fenomenológico impulsa a ver la experiencia fuera de las limitaciones impuestas desde la exterioridad, de lo previsto, del plan para la acción, las cuales responden a un modelo de ser predeterminado e impuesto que constantemente establece veredictos sobre el producto de lo planeado, y que muchas veces deslegitima a las personas. Al respecto, Schütz (2015) destaca que: “los seres humanos no son fabricados en retortas, sino engendrados por madres, la experiencia de la existencia de otros seres humanos y del sentido de sus acciones es, la primera y más original observación empírica que hace el hombre” (p. 86); lo cual, pone de manifiesto otra lectura de la experiencia centrada en la implicación directa de los sujetos en la escena cotidiana escolar, en lo que les pasa, en lo que mueve las fibras de su ser en su Aquí y Ahora; una que se exprese en sus propias narraciones y testimonios, una que se narre así misma y se ofrezca en el lenguaje propio de su experiencia vivida.

Estas distinciones sobre la experiencia vivida en la escena cotidiana escolar son necesarias para tomar distancia de lo que convencionalmente se entiende como experiencia en el campo educativo, en el que muchas veces esta se reduce a una práctica que se orienta a una finalidad establecida. La escuela se encuentra inmersa en la expropiación de la experiencia auténtica, y su tránsito por ella se ha deshumanizado, el lenguaje² que circula en ella brinda una gran evidencia de la ausencia del sujeto.

Un lenguaje tecnocrático que ha venido colonizando la escuela, revelando sus apuestas y lo que supone estar en ella, convirtiéndola en escenario donde la experiencia y la presencia se diluyen en medio de

² Basta solo con observar el gran inventario de términos relacionados para referirse a lo que acontece en ella y a aquellos que la conforman: calidad, eficiencia, índice sintético de calidad, clima escolar, metas, modalidades, objetivos de calidad, accesibilidad, trayectorias educativas, procedimientos, nivelación, población extra-edad, con necesidades educativas, con capacidades excepcionales, entre otros



clasificaciones, tematizaciones y nominaciones, que terminan catalogando y desplazando a los sujetos que en ella hacen presencia, anticipando de cierta forma lo que pasa, intentando domesticar o encuadrar la experiencia y alejando la escuela de sus posibilidades de ser ese lugar para ser e intervenir en los asuntos relacionados con su existencia y su devenir en ese mundo compartido.

A propósito de estas ideas, resuenan los cuestionamientos realizados por el filósofo alemán Walter Benjamin en su ensayo “Experiencia y Pobreza”, que contribuyen a reflexionar sobre cómo la educación puede llevar a la desconexión con la experiencia y a su empobrecimiento. Es así como Benjamin (2018) señala que:

¿De qué nos valen los bienes de la educación y la cultura si la experiencia no nos vincula con ellos?... Si, reconozcámoslo: esta experiencia no solo es pobre en experiencias privadas, sino en humanidad en general. Se trata, pues, de una especie de nueva barbarie. (p. 96)

Este cuestionamiento no solo confronta la educación y el sistema escolar, sino que resalta la necesidad de entrecruzar la experiencia con la vida misma en una relación espaciotemporal e implica el desafío de repensar profundamente la escuela para que esta pueda enriquecer las vidas de quienes están en ella, trascendiendo la instrumentalización del sujeto y la obsesión por la fabricación de una vida orientada únicamente hacia el progreso y la vida laboral.

De esta manera, pensar la escuela como experiencia vivida consiste en abandonar la objetivación de los sujetos planteada en la programación esquemática y cerrada de los currículos escolares actuales para reconectar con la esencia misma de la humanidad, reconociendo la diversidad, la heterogeneidad, la pluralidad y la singularidad que en ésta hace presencia e interesarse por los modos de percibir y comprender la experiencia vivida en el Aquí y Ahora de las personas que comparten la misma realidad en la escena cotidiana escolar, en sus modos de vivir y convivir y en la manera cómo estos encaran las variadas situaciones a las que se enfrentan. En otras palabras, significa hacerlos presentes.

Lo anterior implica restablecer el vínculo de la experiencia vivida con la escena cotidiana escolar, a partir de los contenidos de sentido de quienes le dan vitalidad, ubicando la multidimensionalidad de la experiencia en su entramado interno y temporal, para acompañarla y dejarse sorprender por lo que ahí ocurre en su actitud natural.



Para Schütz y Luckmann (2009) el mundo de la vida cotidiana es la realidad indiscutible del hombre, en ese sentido, mirar la experiencia vivida en la escena cotidiana escolar requiere una forma especial de ver lo que pasa en ella, en tanto que:

Es el fundamento incuestionado de todo lo dado en mi experiencia, el marco presupuesto por así decir, en el cual se colocan todos los problemas que debo resolver. Este mundo se me aparece en ordenamientos coherentes de objetos bien circunscritos que tienen determinadas propiedades. (p 25)

De esto deviene, que la realidad es el fundamento de la experiencia inmediata y directa de los seres humanos. Todos los pensamientos, actuaciones y vivencias devienen de este marco, el cual se encuentra organizado y dado para su comprensión. Se trata de un marco referencial que funge como punto de partida para asumir las situaciones vitales y ayuda a orientar la acción en este. A esto se le añade que, en la actitud natural, el hombre no está sólo, sino en un mundo en el que puede entrar en múltiples relaciones sociales, que le permiten actuar e incidir en y sobre él.

Además, Schütz y Luckmann (2009) mencionan que en el mundo natural de la vida cotidiana son indiscutibles estos aspectos:

a) la existencia corpórea de otros hombres; b) que esos cuerpos están dotados de conciencias esencialmente similares a la mía; c) que las cosas del mundo externo incluidas en mi ambiente y en los de mis semejantes son las mismas para nosotros y tienen fundamentalmente el mismo sentido; d) que puedo entrar en relaciones y acciones recíprocas con mis semejantes; e) que puedo hacerme entender por ellos (lo cual se desprende de los supuestos anteriores); f) que un mundo social y cultural estratificado está dado históricamente de antemano como marco de referencia para mí y mis semejantes, de una manera, en verdad, tan presupuesta como el «mundo natural»; g) que, por lo tanto, la situación en que me encuentro en todo momento es solo en pequeña medida creada exclusivamente por mí. (pp. 26-27)

Así, factores como la llegada “tarde” del maestro, la inasistencia del estudiante, las difíciles situaciones socioeconómicas, la circunstancia corporal anímica con la que un estudiante puede acercarse al mundo, la falta de acompañamiento escolar, la alimentación recibida, los estilos de cada sujeto, el estado emocional de los docentes, las dinámicas propias del contexto, las directrices institucionales y ministeriales para abordar las problemáticas, así como, la exigencia ministerial de una cobertura escolar



ampliada para la asignación del presupuesto escolar, entre otros, inciden en lo que se llama experiencia vivida. Esto pone en evidencia que no es posible una unificación de la experiencia de la escuela, sino que está influenciada por una multitud de aspectos presentes en la escena.

A partir de estas consideraciones, se amplía la comprensión de que la escena cotidiana escolar trasciende el lugar físico donde ocurren las actividades escolares diarias. Se devela como escenario dinámico en el que tiene lugar múltiples prácticas, conexiones, lazos, motivaciones, influencias y afectaciones que forjan la experiencia y van dándole vitalidad a esta. En la escena cotidiana escolar los sujetos no están solos, ni actúan de manera aislada. Se parte del reconocimiento que cada uno de ellos tiene una historia, una construcción propia del mundo que la pone en escena para actuar, convivir y realizar modificaciones en ella. Por tanto, en la escena cotidiana escolar, los sujetos tienen un lugar central, sus diversos modos de percibir, vivenciar y construir significados; todo este entrecruzamiento es lo que se considera experiencia vivida.

Al respecto, Schütz considera que el mundo de la vida es un campo de acción y, por tanto, mientras se actúa y se recibe la influencia de las acciones de los otros, se van realizando modificaciones en su horizonte de sentido. Así, el autor pone de manifiesto que la comprensión del mundo de la vida comporta una dimensión social, las relaciones espaciales y temporales definen el estilo de la experiencia vivida; de este modo, surgen las estructuras de significatividad que se combinan en un plan que está motivado por unos intereses determinados. Para Schütz y Luckman (2009) “En la vida cotidiana los actos integran un sistema de planes de orden superior: para un ámbito específico del mundo de la vida...que a su vez tienen su lugar en un plan de vida más o menos determinado” (p. 39). Así, cada acción que se da en la vida cotidiana la modifica y da como resultado un sistema de motivaciones en el cual se realiza su proyecto.

Ahora bien, el mundo de la vida cotidiana tiene un ordenamiento de la realidad que se da mediante las estructuras de sentido de la experiencia al cual cada sujeto le da un acento de realidad. Esto apunta a las limitaciones y al estilo particular de interpretar y comprender el mundo que proviene de la dimensión social, las cuales influyen en la percepción y comprensión de las experiencias y son compatibles y coherentes entre sí. Para ello, los autores destacan los ámbitos de realidad como una estructura finita de sentido.



Un ámbito finito de sentido consiste en experiencias de sentido compatibles entre sí. Dicho de otro modo, todas las experiencias que pertenecen a un ámbito finito de sentido apuntan a un estilo particular de vivencia, vale decir, un estilo cognoscitivo. Con respecto a este estilo, están en mutua armonía y son compatibles entre sí. (Schütz & Luckmann, 2009, p. 43)

Los planteamientos de Schütz en este punto ofrecen una perspectiva comprensiva sobre la acción de los sujetos en la escena cotidiana escolar, la cual está motivada y orientada por los marcos de interpretación que cada sujeto construye del mundo y sus vivencias, asignándoles sentido en función de sus relacionamientos en este espacio y tiempo compartido. En ese sentido, en la escena cotidiana escolar pueden existir percepciones e interpretaciones compartidas que influyen de manera significativa en la comprensión, interacción y en la propia experiencia vivida en este escenario dinámico. Así mismo, la perspectiva de Schütz permite entrever cómo la experiencia vivida en la escena puede contribuir a que los sujetos puedan transformar y modificar sus acciones e incidencias en el encuentro con otros, a partir de ahí, cuestionar su propia vida y convertirse en actores transformadores de su propia realidad. Frente a eso, Schütz y Luckmann (2009) señalan que “la realidad cotidiana me plantea tareas y debo realizar mis planes dentro de ella” (p. 53).

Según lo señalado por Schütz, la significatividad es una construcción que proviene de la actividad interpretativa que el ser humano realiza mientras opera en el mundo. Esta comprensión le permite ubicarse dentro de él y relacionarse con él. Como menciona el autor “Tiene un sentido particular y una estructura de significatividades para los seres humanos que viven, piensan y actúan en él” (Schütz, 2015, p. 41), lo que pone de manifiesto que en toda acción humana está presente la subjetividad como concepto transversal en la significatividad de la experiencia vivida.

De esta manera, se considera que el ser humano lleva consigo su propio horizonte de significatividad, el cual proviene del acervo de conocimiento a la mano que le permiten actuar de acuerdo con las motivaciones que lo mueven en su realidad directa. Esto lleva a que cada sujeto tiene una construcción de interpretación única del mundo que forma parte importante en su experiencia y que proviene directamente de su biografía, así como de su ubicación temporal y espacial en este. A esta manifestación se le considera la subjetividad, que (Schütz, 2015) describe como “la interpretación de la acción y su



encuadre en términos del actor” (p. 66). Que es la forma única en que el sujeto se afecta, se implica en sus vivencias y le atribuye sentido.

En este sentido, cada sujeto en “actitud natural” le asigna a su acción un sentido determinado dependiendo su estructura de significatividad. Schütz (2015) señala que:

Estos han preseleccionado y preinterpretado este mundo mediante una serie de construcciones de sentido común acerca de la realidad cotidiana, y esos objetos de pensamiento determinan su conducta, definen el objetivo de su acción, los medios disponibles para alcanzarlo; en resumen, los ayudan a orientarse dentro de su medio natural y sociocultural y a relacionarse con él. (pp. 40-41).

La escena cotidiana escolar se revela como trama de subjetividades, donde cada sujeto aporta sus construcciones de sentido y le asigna valor según sus propias interpretaciones de la realidad, las cuales están constantemente siendo modificadas al tiempo que los sujetos operan en ésta.

Aunque la subjetividad es un elemento primordial de la experiencia vivida en la escena cotidiana escolar, ya que pone su acento en reflejar cómo los sujetos interpretan y le dan sentido a las situaciones que se presentan en el fluir de la escena, en la perspectiva de lo que se ha venido elaborando, ésta permite comprender el entramado complejo de interacciones y construcciones de significado que tienen lugar en la escena, convirtiéndola en un escenario en constante resignificación debido a su vínculo indiscutible con el curso de la vida misma, esto es, en la Intersubjetividad.

En otras palabras, las subjetividades no permanecen dispersas al interior de la escena cotidiana escolar, estas confluyen, se entrelazan, en la medida que adquieren sentido las vivencias y son explicitadas por los sujetos en el horizonte de su duración. Esto lleva a la consideración realizada de que en el mundo circundante, “en la actitud natural de la vida cotidiana se acepta la existencia de otros hombres como algo presupuesto” (Schütz y Luckmann, 2009, p. 74), en la medida que se va dando el reconocimiento de que otros comparten la misma comunidad espacio-temporal

Frente a este aspecto Schütz y Luckmann (2009) refieren:

La explicitación mi propia conducta adquiere sentido para mí. Pero, a su vez, la conducta de mis semejantes se me hace «inteligible» mediante la interpretación en mi acervo de conocimiento de sus gestos corporales, sus movimientos expresivos, etc., con lo cual simplemente acepto como dada la posibilidad de su conducta con sentido. Además, sé que mi conducta puede ser explicitada por él como



provista de sentido en sus actos de interpretación, y «sé que él sabe que yo sé». El mundo de la vida cotidiana es, por lo tanto, fundamentalmente intersubjetivo: es un mundo social. Todos los actos, cualesquiera que sean, se refieren a un sentido que es explicitable y debe ser explicitado por mí, si deseo orientarme en el mundo de la vida. La interpretación del sentido, la «comprensión», es un principio fundamental de la actitud natural en lo que respecta a mis semejantes. (p. 36)

Es así como en la vida cotidiana la comprensión del mundo circundante proviene de la conciencia de las acciones y de la atribución de sentido que el propio sujeto les da a sus acciones, vivencias y experiencias. Ahora bien, en este mundo compartido, también se tiene la capacidad de comprender que existen otros semejantes dotados de conciencia y que es posible entrar en relaciones con estos. Esto significa que las acciones y percepciones están influidas mutuamente y que son fundamentales en la actitud natural.

De lo anterior, se resalta que la experiencia vivida en la escena cotidiana escolar no es solo subjetiva, sino que está directamente influenciada por las experiencias de esos otros que comparten esta comunidad espacio-temporal. En la escena se establecen relaciones intersubjetivas que parten de la capacidad para comprender las acciones de los demás en función de la propia subjetividad, a partir del reconocimiento de que no se está en una realidad privada, sino que es social desde el principio, en la cual se comparte más que un espacio geográfico con esos semejantes. Es así, como la intersubjetividad en la escena cotidiana parte de la comprensión mutua que les permite ubicarse a los sujetos en la escena y experienciarla dependiendo de esas construcciones de sentido propias y de las otros que como él se encuentran en el horizonte de su cotidianidad. Por lo tanto, la escena cotidiana escolar comporta la cualidad de ser ese escenario donde se encuentran los sujetos de la experiencia entre sí.

Adentrarse en la experiencia vivida en la escena cotidiana escolar implica entonces, abordar esas relaciones intersubjetivas que se manifiestan en ella, en pro de entender esas cualidades de lo que se vive, para estar inmersos en esos sucesos o acciones en el flujo de su duración, en su novedad, en el movimiento propio de la escena y ser testigos de cómo estas subjetividades se vinculan dándole forma a partir de la experiencia vivida en esta. Efectivamente, eso implica estar alerta a eso que los sujetos viven, piensan, hacen, dicen, callan, en medio de su relacionamiento en y con esta escena, sin presumir nada y abrirse a la escucha atenta de lo que ahí está siendo.

Para ello, se parte de lo que Schütz (2015) plantea:



Desde el comienzo, un mundo cultural intersubjetivo. Es intersubjetivo porque vivimos en él como hombres entre otros hombres, con quienes nos vinculan influencias y labores comunes, comprendiendo a los demás y siendo comprendidos por ellos. Es un mundo de cultura porque, desde el principio, el mundo de la vida cotidiana es un universo de significación para nosotros, vale decir, una textura de sentido que debemos interpretar para orientarnos y conducirnos en él. Pero esta textura de sentido ...se origina en acciones humanas y ha sido instituido por ellas, por las nuestras y las de nuestros semejantes, contemporáneos y predecesores. (p. 46)

Estas dimensiones están movilizadas y brotan del sentido que los mismos sujetos les dan a sus acciones, partiendo de eso que ellos consideran relevante, lo que priorizan y aportan a la escena. De ahí que, las motivaciones y el cómo los sujetos actúan y operan dentro del mundo de la vida cotidiana son elementos necesarios para entender la experiencia vivida en la escena cotidiana escolar, puesto que es una realidad dinámica. Schütz y Luckmann (2009) mencionan que:

El mundo de la vida es, entonces, una realidad que modificamos mediante nuestros actos y que, por otro lado, modifica nuestras acciones. En otras palabras, puede decirse que, en definitiva, nuestra actitud natural de la vida cotidiana está determinada totalmente por un motivo pragmático. En la actitud natural, sin embargo, el mundo ya me está dado para mi explicitación. Debo comprender mi mundo de la vida en el grado necesario para poder actuar en él y operar sobre él. Igualmente, el pensamiento, en la actitud del mundo de la vida, también está motivado pragmáticamente. (p. 28)

Schütz pone de manifiesto que la situación biográfica del ser humano tiene influencia en cómo él modifica y es modificado por su mundo de la vida, definiendo su forma de ubicarse, valorar y enfrentarse a la vida, tomando como referencia su historicidad, lo cual es un elemento constituyente de su acervo de conocimiento. Ello supone que la experiencia vivida en la escena cotidiana escolar se expresa en la multiplicidad de formas de ubicarse, valorar y enfrentarse a ella de los sujetos, las cuales están relacionadas directamente con sus experiencias durante el curso de su vida. En definitiva, significa explorar otras posibilidades de comprensión aparte de la propia, que parten de su autorreconocimiento y se extienden por medio del encuentro en cada vivencia que en la escena cotidiana tiene lugar.

A esto se le añade que, es en la actitud natural que el ser humano busca dominar y modificar la realidad para llevar a cabo sus propósitos utilizando el acervo de conocimiento a mano para intervenir en las



múltiples situaciones que enfrenta en su vida cotidiana. Justamente, Schütz (2015) precisa que “un motivo pragmático gobierna nuestra actitud natural hacia el mundo de la vida cotidiana. En ese sentido, el mundo es algo que debemos modificar por nuestras acciones o que las modifica” (pp. 216-217). Así pues, la experiencia vivida en la escena cotidiana escolar comporta un sentido subjetivo e intersubjetivo, en el que cada sujeto tiene una actitud hacia sus propias vivencias y le asigna sentido o no dentro del flujo de su conciencia, las cuales, comportan en sí mismas formas de interpretar el mundo que devienen de su interacción social y cultural.

Estas consideraciones desde la perspectiva fenomenológica de Schütz del mundo de la vida cotidiana dan la apertura a pensar la experiencia vivida en la escena cotidiana escolar, en tanto que permiten acercarse a los sujetos concretos que la componen y centrar el foco en ellos, en la autenticidad de sus vivencias, en lo que perciben y en cómo lo perciben, en sus implicaciones con la escena y en lo que provoca el sentido de sus acciones. Consideraciones que permiten entender que cada sujeto es dueño de su propia experiencia y puede narrarse a sí mismo desde ella.

Entonces, recorrer la escena cotidiana escolar desde una perspectiva fenomenológica es abrirse a lo inesperado, encontrarse con los sujetos de la experiencia y sus subjetividades, dejarse hablar por ellas, seguir el rastro de cómo estas se tejen con otras y cobran el sentido de lo vivido en ella. Supone, pues, poner en el centro la dimensión humana, en su actitud natural y en la posibilidad de comprensión mutua que esta comporta, ver esas implicaciones subjetivas y proponerse comprender lo que ahí les pasa. Abrirse a la experiencia vivida sin el afán o la premura de contarlo, sino pensarlo y dejarse orientar por el sentido de quienes pueden dar el significado a lo vivido.

Consideraciones finales

El enfoque fenomenológico de Schütz aquí presentado se considera una base teórica sólida para acercarse a la experiencia del ser humano en tanto que éste es intérprete de su propio campo de acción. Las vivencias que atraviesan la escena cotidiana escolar exigen otras formas, que disten de las conocidas para ser comprendidas en su totalidad. Se necesita otro lenguaje para darle rostro a esos sujetos que en medio de su vulnerabilidad, resiliencia y persistencia construyen la escena día a día a partir de su subjetividad e intersubjetividad.



Este acercamiento a la experiencia vivida demanda de otra sensibilidad para encontrarse con esos sustratos en su horizonte de duración y permitir que sean narrados en primera persona mientras están ocurriendo, desde la voz de los propios sujetos. Esto implica abandonar la suplantación o expropiación de la experiencia vivida que parece ser tendencia en los sistemas escolares, así como, la pretensión de su unificación, y avanzar a la comprensión auténtica de lo vivido.

Es por eso, que las consideraciones sobre el mundo de la vida cotidiana desde la perspectiva fenomenológica abren caminos para que en los escenarios educativos se pueda pensar la vinculación de la experiencia vivida como una oportunidad para priorizar al ser humano y permitirle que redimensione el mundo en el que habita, dignificando su condición humana y se asuma asimismo como un ser sintiente, pensante y actuante. En este sentido, poner a resonar la experiencia de otra manera en la escuela, como posibilidad y apertura de transformación, al permitirnos aprender de ella.

A su vez, la perspectiva fenomenológica permite realizar una aproximación más profunda e introspectiva de aquellos que construyen las escenas educativas, considerando las condiciones de existencia de las personas y las complejas relaciones que se establecen en la escena escolar, alejándose radicalmente de la homogenización de la experiencia que promueven la mayoría de los currículos escolares en la actualidad. Al poner en el centro a los sujetos antes que cualquier otra consideración, la experiencia vivida en la escena cotidiana escolar se convierte en un movilizador de pensamiento sobre su acción en un mundo que reclama cada vez más atención y cuidado.

Por esta razón, la pedagogía entra en diálogo con la filosofía para proponerse este análisis, dado que la escuela necesita restablecer su conexión con la humanidad misma, con las estructuras de significatividad de quienes la conforman y comprender cómo estos enfrentan y perciben su tránsito por ella. Para que, a partir del saber que surge de la experiencia vivida, la escuela pueda dilucidar otro sentido pedagógico y dar apertura a nuevas formas de acompañar a los sujetos en el descubrimiento, apropiación e incidencia de este mundo común. Como señala Schütz (2015):

Desde el comienzo, nosotros, los actores en el escenario social, experimentamos el mundo en que vivimos como un mundo natural y cultural al mismo tiempo; como un mundo no privado, sino intersubjetivo, o sea, común a todos nosotros, realmente dado o potencialmente accesible a cada uno. (p .82)



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Benjamin, W. (2018). *Iluminaciones* (1a. 4a reimp). Penguin Random House.

Mèlich, J.-C. (2012). *Filosofía de la finitud* (2a ed.). Herder.

Schütz, A. (1993). *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva* (Paidós). Paidós.

Schütz, A. (2003). *Estudios sobre teoría social. Escritos II* (1a. 1a reimp). Amorrortu.

Schütz, A. (2015). *El problema de la realidad social. Escritos I* (3a.). Amorrortu.

Schütz, A., & Luckmann, T. (2009). *Las estructuras del mundo de la vida* (1a. 2a reimp). Amorrortu.

